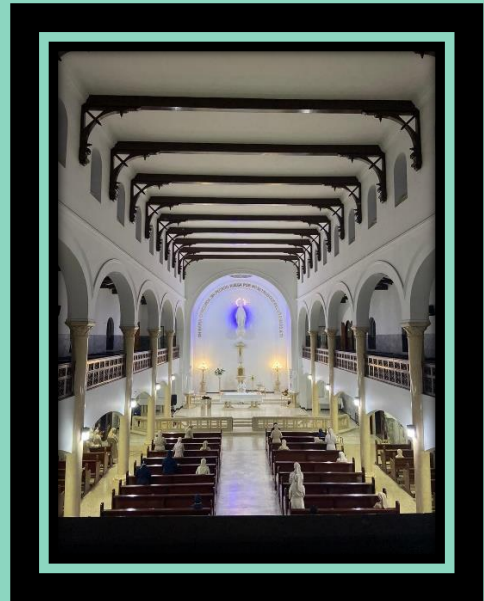


Domingo II de Cuaresma (B)

28 febrero 2021



Creo que la palabra transformación podría recoger el sentido de las lecturas que hemos escuchado en este segundo domingo de cuaresma. La transformación es la meta a la que nosotros apuntamos con las prácticas cuaresmales. El ayuno, la oración y la caridad, tienen sentido en la medida en que sean causa y efecto de nuestro obrar cristiano, en la medida en que nos ayuden a convertirnos en mejores cristianos, en verdaderos discípulos de Cristo.

En primer lugar, detengamos nuestra mirada en Abraham que caminando con Dios años y años,

transformó su alma y aprendió que la vida misma es una promesa de Dios. Abraham sabe que, a pesar de las circunstancias, los claroscuros y las contrariedades de la existencia, toda persona que se decida a vivir para el Señor ve cumplidas las promesas de Dios que desbordan las propias expectativas; pero la realización de las promesas de Dios no le ahorra al creyente los sufrimientos, y las esperas. Fue tal la transformación que vivió Abraham que, siendo ya maduro en la fe, aceptó un mandato de Dios que para todos resulta inaceptable, cruel y sin futuro, pero Abraham sabe que la realización de las promesas de Dios depende enteramente del poder de Dios, y de la confianza que seamos capaces de depositar en Él. Abraham sabe, como dice la segunda lectura, que contra todas las apariencias **“Dios está a favor nuestro... y si Dios está a favor nuestro ¿quién podrá estar contra nosotros”** (Rom 8,31b).

En segundo lugar, miremos la transformación que se obra en Pedro, Santiago y Juan. Los discípulos andan descorazonados porque supieron por boca de Jesús que Él iba a morir de una muerte violenta. Este anuncio de Jesús despierta en ellos sentimientos de inseguridad, incredulidad, pesimismo, miedo. Jesús hará todo lo posible para que estos sentimientos sean asumidos con valentía y creatividad. La transformación

que se obra en Pedro, Santiago y Juan, de la inseguridad a la certeza, de la incredulidad a la fe, del pesimismo a la esperanza, del miedo a la valentía, es un camino válido también para los discípulos de Jesús de todos los tiempos. La transformación comienza cuando aceptamos la llamada de Jesús a seguir sus pasos sin cuestionarlo, sin imponerle nuestras lógicas. El evangelio de hoy nos llama a ir con Jesús al monte de la transfiguración llevando allí los sentimientos de inseguridad, incredulidad, pesimismo, miedo, soledad, tristeza, incertidumbre, estos sentimientos en el monte de la Transfiguración en vez de ser negados, como quería Pedro, son asumidos y transformados. El segundo paso, después de seguir los pasos de Jesús, consiste en fijar la mirada en Él. Cuando ponemos a Nuestro Señor Jesús en el centro, la luz que sale de él hace que todo cobre un nuevo sentido, somos capaces de ver la realidad de otra manera. El tercer paso para avanzar en la transformación consiste en aceptar que - incluso sabiendo que estamos en las manos de Dios y que todo viene de él y hacia Él confluye- mientras vivimos en este mundo, nuestro conocimiento de la verdad de todo asunto será siempre limitada, el reconocimiento de este límite genera en nosotros la humildad suficiente para abrazar lo desconocido, lo que nos sobrepasa y que aun así contiene una gracia

que en el momento aparece oculta a nuestros ojos. Finalmente, la transformación que buscamos está hecha de la escucha de Jesús, el Hijo amado de Dios. Escuchar a Jesús, darle autoridad a su vida y a su palabra, nos llena de seguridad a los discípulos que sabemos que podemos fiarnos de Aquel que es el vencedor del pecado y de la muerte.

Queridas hermanas y hermanos continuemos trabajando en esta cuaresma por nuestra transformación inspirados por la fe de Abraham y por el camino de transformación que hacen Pedro, Santiago y Juan, (1) aceptando la llamada de Jesús a seguir sus pasos, (2) fijando la mirada en Jesús, (3) aceptando humildemente nuestra limitada comprensión de la realidad, (4) y escuchando siempre a Jesús dándole autoridad a su vida y a su palabra.